

mo y de superstición pagana, han creído muy mal; por el contrario era un preservativo establecido contra las ideas de los paganos; lo mismo ha sucedido con la mayor parte de las antiguas ceremonias de la Iglesia. V. CEREMONIA.

Purin. Fiesta de las Suertes. V. ESTER.

Puritanos ó Presbiterianos. V. ANGLICANOS.

Puro, Pureza. En el antiguo Testamento, estas palabras significan mas ordinariamente la limpieza del cuerpo que la santidad del alma. La ley de Moisés no se limitaba á prescribir las prácticas del culto de Dios y los deberes de religion. Como los judíos habitaban un país bastante limitado, muy poblado, y que hubiera sido muy malsano si no se hubieran tomado las precauciones para impedir toda infeccion, Moisés hizo leyes muy detalladas sobre la pureza y la impureza del cuerpo, sobre la limpieza de los hombres y de los animales; y prescribió diferentes purificaciones para precaver toda clase de sociedad. Era un plan sapientísimo el establecer como una pena lo que era un remedio contra la trasgresion de la ley. No debemos sorprendernos de que este legislador fundase todas aquellas observancias en un motivo de religion; cualquiera otro hubiera impresionado poco á los hebreos, pueblo todavía muy poco civilizado, y cuyas costumbres habian llegado á ser muy groseras, durante la especie de esclavitud á que habian sido reducidos en Egipto. La sabiduría de esta conducta está suficientemente probada por el efecto que se siguió de ella; Tácito reconocia que los judíos en general eran sanos y vigorosos, *Corpora hominum salubria et ferentia laborum.*

Entre los cristianos que viven en climas menos sujetos al contagio que el de la Palestina, no se trata de impureza legal; la pureza consiste en la inocencia del corazón, y no se tiene por impuro mas que lo que puede manchar el alma. Mas nos engañaríamos mucho si nos persuadiésemos que no estaba mandado á los judíos la pureza interior: la ley les prohibia toda clase de crimen; les mandaba amar á Dios con todo su corazón, cumplir su ley con exactitud, y no separarse en nada de ella; un judío que se sujetaba á ella ciertamente tenia el alma pura, exenta de pecado. Muchos á la verdad se limitaban al exterior; mas Dios les ha echado en cara muchas veces esta hipocresía por sus profetas. *Isaias*, 1, 16; *Lviii*, 5; *Jerem.*, vii, 5; *Amos*, v, 14, etc.

* **Puseísmo.** Denominacion bajo la que se designa un sistema moderno de teología

anglicana. Nosotros no damos á la palabra *puseísmo*, que choca, dicen sus partidarios, ningun pensamiento de acusacion ó de burla; nuestro único objeto es hacer conocer, con exactitud é imparcialidad, una escuela que se ha hecho célebre.

Empecemos por exponer sucintamente la historia.

Hace cerca de veinte años que se agitaron en la prensa inglesa proyectos para la reforma de la Iglesia establecida. Y esto no eran declamaciones vanas sobre el esplendor la opulencia del clero, declamaciones siempre habituales en Inglaterra; por el contrario eran planes serios presentados por amigos declarados y aun por miembros de la Iglesia anglicana, para modificar la constitucion, la liturgia y los formularios. Pero este movimiento fué contrariado por un antagonismo, cuyo objeto principal era rectificar ciertas nociones ó ciertas doctrinas relajadas, que hacia mucho tiempo dominaban en una parte de la comunión nacional. Esta es la cura del *puseísmo*. El celo de la escuela naciente debió sin duda estimularse por varias circunstancias, tales como la supresion por acta del parlamento de diez sillas episcopales (protestantes) en Irlanda, la resistencia del pueblo irlandés al diezmo, la solemne advertencia dada en pleno parlamento á los obispos por lord Grey de «*disponere domui suæ.*» Sea de esto lo que quiera, la nueva escuela, poco numerosa y compuesta principalmente de obispos de la universidad de Oxford, dió manos á la obra con ardor. Los tratados para los tiempos presentes (*Tracts fort. the times*) empezaron á aparecer en 1833, y bien pronto fueron seguidos de escritos polémicos mas trabajados, unos destinados á la defensa del anglicanismo, los otros dirigidos contra Roma ó los disidentes. Hacia esta época, *British Critic*, revista trimensual, vino á ser el órgano del partido. En otra publicacion, el *British Magazine*, M. Newman y el difunto M. Froude escribieron cosas hechas para sorprender á los lectores protestantes.

Sin embargo, esta escuela no parece haber fijado seriamente la atencion del público hasta principios de 1836, cuando el doctor Hampden, que acababa de ser nombrado para la cátedra de teología de Oxford, fué censurado por el consejo universitario de esta ciudad (llamado *la convocacion de Oxford*), en consecuencia de una acusacion de racionalismo lanzada contra sus artículos anteriores. Se pusieron á la cabeza de la oposicion contra este profesor, aunque no fueron los únicos, los hombres de la nueva es-

cuela, entre otros, MM. Vaughan, Thomas, Newman, y el doctor Pusey. Este que ocupaba entonces (y que ocupa ahora) la cátedra de hebreo, pasaba por haber deseado la plaza dada al profesor heterodoxo. De todos ellos el doctor Pusey era el mas notable como profesor, como supuesto competidor, y como autor en aquel mismo momento (abril 1836) de una notable defensa de las nuevas doctrinas contra un anónimo muy espiritualista; *Carta pastoral dirigida por S. S. el papa á algunos miembros de la universidad de Oxford*, composicion llena de chiste y de ironía. Estas varias circunstancias han hecho sin duda dar su nombre al partido.

Si fuésemos llamados á definir las intenciones originales de los fundadores de esta escuela, diríamos que su objeto fué reanimar el anglicanismo, que creían arruinado, y abatir ó al menos debilitar á los protestantes disidentes. Despues de esto, los jefes, como todos los hombres de partido, se glorian de dirigir el movimiento en sentido hostil á Roma.

He aquí, segun los *Tracts* y otras obras, una reseña general de las doctrinas, de la enseñanza y de la direccion del *puseísmo*, durante lo que puede llamarse su primera época. Los antiguos reformadores estaban adheridos al *latitudinarismo*, hablando de otro modo, eran hombres de tendencias relajadas; los nuevos por el contrario, que quieren ser exactos en dogma como en disciplina, dicen: «Conservad el simbolo de Atanasio y todas las formas del bautismo. Ningun acomodamiento con el espíritu del siglo. Oportuna é inoportunamente inculcad los formularios, lejos de dejarlos caer. No olvideis las obligaciones que desde vuestra regeneracion en Jesucristo, por el santo bautismo, habeis contraído con la Iglesia. No olvideis tampoco que la voz de los obispos es la voz del mismo Dios. Manifestad que *nuestros* obispos, enlazándose con los apóstoles por una legitima sucesion, ellos solos, por consiguiente, y los ministros establecidos por ellos, deben ser escuchados y obedecidos en asuntos espirituales. Haced entender que la Iglesia no depende del Estado, sino que la alianza de la Iglesia es por el contrario un honor para el Estado. Reanimad la disciplina decaída; revivid la inteligencia por el recuerdo de las verdades que desgraciadamente nuestra Iglesia ha olvidado temporalmente, pero que nunca las ha perdido. Guardad los dias de abstinencia y las festividades de los santos sujetos á las rúbricas. Tened abiertas las iglesias. Haced todo esto,

y nuestra Iglesia aparecerá lo que es realmente, una Iglesia pura y apostólica, que ha rechazado las corrupciones doctrinales y las prácticas supersticiosas, sino idolátricas de su infortunada hermana de Roma, doctrinas todas claramente reprobadas por la antigüedad, que invocamos con confianza y respeto; una Iglesia pura y apostólica, que ha sacudido el yugo que durante mucho tiempo, contrariamente á los cánones de los primeros concilios generales, el obispo de Roma ha hecho pesar sobre ella.» Estos cánones, ante los cuales citamos á él y á sus adeptos, convencen de cisma á los obispos *extranjeros* introducidos por él en las diócesis de Inglaterra (1).

Se combatieron, como era de esperar estas novedades. Por un lado, los disidentes protestantes creyeron al papismo disfrazado; los anglicanos, por otro, denunciaron proposiciones que creían heterodoxas, mezcladas, segun ellos, con cosas verdaderas y útiles; por último, los católicos señalaron los paralogismos, las contradicciones, los fraudes. Véanse los números 6 y 16 de la *Revista de Dublin*, lo mismo que los varios artículos publicados por intervalos en esta *Revista*. Estos artículos, que son del sabio M. Wiseman, han sido reimpresos en parte en un volumen separado, por el instituto católico de Lóndres con el título: *De las pretensiones de la alta Iglesia*.

No obstante, pensamos que este movimiento ha sido mucho tiempo antes apercibido por el mayor número de prelados anglicanos. ¿No eran los novadores campeones celosos aunque algunas veces indiscretos de la Iglesia nacional? Mas despues dos ó tres *Tracts* lo oscurecieron mucho. En el *Tract* 75 se halla la historia y un pomposo elogio del Breviario romano, y lo que es mas, despues del Breviario un modo de oficio de difuntos y servicio para la festividad de un obispo y confesor, con una leyenda en tres lecciones en honor de William Ken, apreciable obispo anglicano, que no *quiso jurar* en el siglo XVII (2). Esto era demasiado para la mayor parte de los anglicanos.

A nuestro derecho de propiedad exclusiva (á nosotros los católicos) en lo que se tenia

(1) No entendemos bien de qué obispos extranjeros quieren hablar los SS. de Oxford; ¿de los vicarios apostólicos actuales ó de los obispos católicos antiguos? Entre estos los ha habido que no habian nacido en Inglaterra, tales como Si Agustín, san Anselmo, Lanfranc. Pero en conciencia se le hubiera podido dar, sin avergonzarse, carta de naturaleza.

(2) Por los que no *quisieron jurar* se entienden los prelados anglicanos que en la revolucion de 1688 negaron el juramento á Guillermo III.

por un rico tesoro, oponer un derecho igual en favor de la Iglesia anglicana como rama de la Iglesia católica, no era pues una audacia extraña, que debía chocar á las almas honradas y hacerlas preguntar: ¿Por qué pues la Iglesia anglicana ha desechado antes estas cosas con desprecio? Sea de esto lo que quiera, el amor del Breviario, lejos de disminuir, no ha dejado de aumentarse despues. Se han publicado en latin los himnos del oficio romano y del oficio parisiense, y algunos de estos neo-anglicanos confiesan haber sacado del Breviario los de sus obras destinadas á la devocion privada. Despues hicieron aparecer el oficio de las tinieblas, con consideraciones piadosas sobre la pasion, tomadas la mayor parte, segun dicen, de fuentes católicas. Un librero (que creemos es M. Oakley) ha traducido muchas homilias de S. Bernardo, que pensamos son generalmente leídas por los legos. Mas nos anticipamos.

Otro *Tract* (ó mas bien los dos *Tracts* 80 y 87, este no es mas que la segunda parte del otro) titulado: *De la circunspeccion en materia de conocimientos religiosos* (on reserve in communicating religions knowledge), fué recibido con inmensa irritacion por la prensa, por el púlpito y aun por el episcopado. El autor M. Williams, poeta religioso muy conocido, creemos al menos que es el traductor de los himnos del Breviario parisiense. Se levantó tan furiosa tempestad de clamores vulgares y de ignorantes interpretaciones, que el autor tuvo que renunciar, en enero de 1842, al concurso para la cátedra de poesia de la universidad de Oxford. Y sin embargo muchos de sus adversarios no solo no habian leído su escrito, sino que ni aun sabian enunciar correctamente el título. Lo decimos con una conviccion profunda. En todo el curso de la lucha de la nueva escuela y de sus antagonistas protestantes, nada hay mas vergonzoso para estos, aunque victoriosos, ni mas honroso para aquella que el sistema de invectivas y de perfidia, puesto entonces en obra. ¿Cual es el crimen del autor? Sostiene que las verdades evangélicas deben esparcirse con una juiciosa circunspeccion; que todas las doctrinas no se han hecho ni para todos los tiempos ni para todos los hombres; que el ejemplo de Nuestro Señor, de sus apóstoles y de la antigua Iglesia, la analogia entre los caminos ordinarios y extraordinarios de Dios, sugirieron la preparacion prudente y graduada de los corazones como de los entendimientos, para la aceptacion de los dogmas y de la disciplina. Por lo demás, sin duda alguna todo este ruido se ha levantado

mucho menos por sus proposiciones seguramente poco dañinas, que por las altas y misteriosas prerogativas reclamadas en favor de la Iglesia, y de la recriminacion tranquila, pero incisiva, lanzada sobre el sistema pseudo-evangélico que prevaleció en Inglaterra.

Ahora es necesario hablar del *Tract* n. 90 y último. Este escrito célebre de M. Newman ha hecho nacer disputas, cuya agitacion apenas se calma despues de dos años. Hé aquí el *Génesis* como nosotros lo concebimos. Los primeros *Tracts* habian combatido muchas veces á Roma con una extremada virulencia, porque se proponian mucho menos inculcar las verdades católicas consideradas en sí mismas, que sostener el sistema anglicano comprendido por esta escuela. El estudio de las antigüedades eclesiásticas, aunque hecho al traves de un medio desconocido, habia traido descubrimientos enteramente inesperados. La naturaleza misma de la polémica empeñada por los *puseistas* los habia obligado á dar á luz muchas cosas que no podian negar que eran verdaderas, santas, amables, aunque pertenecian á la que ellos reprobaban. Todo esto debia tener por efecto en los entendimientos reflexivos y racionales templar la amargura y modificar algunas opiniones. Así que nos atrevemos á creer que MM. Pusey y Newman querrian no haber dicho muchas cosas escapadas algunas veces en el arrebató. Por otro lado los *Tracts* habian formado ya escuela. ¿En qué medida? Esto es lo que vamos á ver; no está en el poder de los jefes de una escuela cualquiera, y sobre todo de una escuela naciente, contener á sus discipulos en la fórmula original.

Invitados al estudio de la antigüedad los entendimientos jóvenes y ardientes, se aplicaron á él con todo sosiego. Sabian la respuesta á la cuestion: « *A Roma potest aliquid boni esse?* » Y habian seguido adelante para ver con sus propios ojos. Los hechos públicos demostraban el resultado de sus investigaciones sobre algunos individuos. Queremos hablar de MM. Sibthorp, Grant y otros. Sin embargo ¿quién hubiera podido prevenir nada contra semejantes resultados? mas importaba prevenirse. Nos explicaremos mejor. Entendimientos serios é investigadores habian penetrado las cuestiones, á cuyo examen los habian convidado los *Tracts*, se habian convencido ó estaban en el momento de convencerse de que varios puntos reprobados por los 39 artículos habian sin embargo sido tenidos por sagrados por la antigüedad; que la Iglesia de Inglaterra por algunas de

sus doctrinas se habia descatoizado; que por último, las acusaciones dirigidas por el anglicanismo contra Roma eran calumniadas y sin fundamento. Parecia, pues, muy probable que los que habian llegado hasta aquí irian mas allá, es decir, que llegarian hasta Roma. Para contenerlos, se necesitaba un ingenioso proceder de argumentacion. Afortunadamente para el *puseismo* tenia en M. Newman un hombre consumado en este género, y la obra maestra de la estrategia del controversista se desplegó en el *Tract* 90.

Se creyó desnaturalizar el lenguaje de los *Tracts* para darles un sentido enteramente diferente y nuevo, contrario á la evidencia histórica; se estableció que 39 artículos anglicanos creen condenar, no los dogmas expresos y legalmente autorizados de la Iglesia romana, sino solamente algunas cuestiones dudosas, y malas prácticas introducidas en esta Iglesia; de lo que se deduce que estos 39 artículos, aunque hechos por hombres que veian en el papa el antecristo, y en la misa una fábula blasfematoria, pueden ser suscritos concienzudamente por los partidarios de una opinion diametralmente opuesta. Para que esta teoria no cayese del todo al principio, era absolutamente preciso se quitase el punto de vista de los autores del formulario anglicano, y el escritor *puseista* lo sabia hacer á las mil maravillas; esta teoria no podia apoyarse sino en la interpretacion gramatical forzada y arbitraria de todo lo que hay vago en el lenguaje de este formulario; interpretacion en la que ciertamente no se creia en la época de la pretendida reforma. Hace cerca de un siglo que el doctor Secker decia de los 39 artículos. « *Egent tantum interpretatione commoda.* » Esta interpretacion cómoda la ha hallado M. Newman, pero en un sentido enteramente diferente del que queria aquel arzobispo, enemigo ardiente de los católicos. Por lo demás, nos parece que en este famoso *Tract* se halla una inconsecuencia bien notable. Porque, por una parte, se rechazan las pruebas históricas cuando establecen invenciblemente que en tiempo de Isabel la Iglesia anglicana desechaba doctrinas declaradas verdaderas y necesarias por toda la catolicidad, mientras que por otra se quiere hacer prevalecer á la historia, cuando no presenta mas que vagas declamaciones y groseras invectivas, para deducir de ellas y en una vasta escala la corrupcion y los abusos de Roma. Pero esto se explica fácilmente. El autor no comprendia que las calumnias de las añejas homilias y las necias

fábulas de los antiguos controversistas podian servirle indirectamente para conservar en el seno anglicano á los que tendian hácia Roma. En efecto, el *romanismo* presentado bajo rasgos odiosos y vulgares debia disgustar á hombres, cuyas esperanzas se fundaban en alguna cosa mejor, mientras que acomodando los 39 artículos al sentido que la ciencia de sus lectores tenia como el único conforme á la antigua tradicion, destruia un escrúpulo serio y salvaba al anglicanismo del cargo de haber violentado la doctrina católica.

Generalmente hablando, este *Tract* á su aparicion no satisfizo á nadie, fuera de la nueva escuela, ni aun quizá á todos los de ella. La universidad lo censuró. El obispo diocesano (el doctor Bagot), aunque muy amigo del movimiento, aconsejó que cesasen estas publicaciones; otros obispos combatieron abiertamente el *Tract*, y denunciaron las falsas proposiciones. Por lo demás, es necesario admitir, á pesar de algunas apoloías especiosas, que una condenacion general por anglicanismo ha pesado sobre este escrito. Nosotros aprobamos este veredicto; y aunque no entre en nuestro pensamiento exagerar las diferencias que existen entre la confesion anglicana y la nuestra, los derechos de la verdad deben conservarse á toda costa. *Inter nos magnum chaos firmatum est.*

Los *Tracts* no aparecieron mas desde el mes de abril 1841; pero el *puseismo* ha tenido siempre en abundancia medios de propagarse. Hemos hablado del *British Critic*. Quitando algunas ligeras hostilidades que por otro lado acaban casi de cesar, esta revista se expresa en cuanto á Roma con benevolencia y aun con respeto. Los reformadores del siglo XVI, ingleses ó extrangeros, son por el contrario tratados de un modo ingrato cuando no son deprimidos. Constantemente hallareis en ella sentimientos y juicios católicos. Segun la costumbre inglesa, los autores usan del anónimo para las publicaciones de este género; pero mas de una vez los indicios descorren este velo. La influencia que ejerce esta escuela se manifiesta por la extension y la variedad de su literatura. Para los hombres de estudio consagra grandes tratados originales ó reimpresos; para los lectores ordinarios de las clases superiores, escritos menos perfeccionados; para los que tienen poco tiempo y dinero, tratados pequeños; para las clases inferiores, novelas populares; por último, para los niños, cuentos familiares. Sin duda que no se ve en todo esto un pensamiento exactamente el mismo, ni

el resultado de un sistema regularmente organizado. No obstante, se reconoce en él un objeto más ó menos uniforme. Esta literatura prueba manifestamente cuánto ascendiente ejercen en el espíritu inglés las nuevas doctrinas que tiene por objeto el propagar.

Si el *puseísmo* con bastante confianza se ha hecho algunas veces aplicación de este texto: « *De secta hac notum est nobis quia ubique ei contradicitur,* » ciertamente puede vanagloriarse de haber penetrado en todas las partes del anglicanismo (1) y en todas las clases de la sociedad, principalmente en la clase média. Cuenta partidarios en el parlamento (2), entre los letrados, y por último en todas partes. El celo que manifiestan á los pobres los del clero anglicano que han adoptado las nuevas doctrinas, impedirá á millares arrojarlos en los conventículos de los disidentes protestantes, donde los precipitó la fría indiferencia tan ordinaria, al menos antiguamente, en el orden sacerdotal inglés.

Los metodistas y demás disidentes protestantes, aun cuando no haya disminuido su celo y energía, nos parece que no se mantienen al nivel de la población incesantemente creciente del país. La comparación de la progresión relativa no puede establecerse sino entre el catolicismo que avanza con paso firme y el anglicanismo.

Procuremos exponer en su conjunto las principales doctrinas de la escuela que nos ocupa: hélas aquí:

Esencial á la existencia de toda Iglesia es la institución divina del episcopado; no es solamente como la entienden algunos teólogos anglicanos una institución útil, un medio, etc.

Los luteranos, los reformados de Francia y otros semejantes están fuera de la Iglesia, y otros semejantes están fuera de la Iglesia, y luego con ellos no hay comunión (3). Se in-

(1) Y aun más allá; aunque el presbiterianismo sea dominante y legalmente establecido en Escocia, existe no obstante allí hace 470 años un episcopado de origen anglicano, pero sujeto á cánones particulares; este episcopado escocés se dice que es muy favorable á las doctrinas *puseístas*, para cuya propagación debe abrirse un colegio en Perth. Si algunos obispos (protestantes) de la América han escrito contra el nuevo sistema, al menos uno de estos prebostes, el doctor Doane lo ha defendido. El obispo de Calcuta es un antagonista decidido; sin embargo el cuartel general del *puseísmo*, en esta parte de la India, se halla en el instituto de los misioneros protestantes de Bichop's-college (colegio del obispo). Se asegura que el *puseísmo* se ha extendido por una revista mensual titulada: *The Church-Herald* (el Heraldo de la Iglesia) escrita en lenguaje bengalí.

(2) MM. Milner, Gladstone, etc. Este se ha constituido el apologeta de la nueva escuela en su escrito titulado: *De los principios de la Iglesia. Church principles*. Como escritor es más brillante que sólido.

(3) M. William Palmer el joven (de *Magdalen college* en

siste con fuerza en las prerogativas de la Iglesia, la obediencia que le es debida en virtud del bautismo, la presencia mística y perfecta de nuestro Señor en la Iglesia, la insuficiencia de la escritura separada de la tradición y la necesidad de esta, por último, sobre la importancia de los símbolos. El principio de salvación por sola la fe, principio que parece haber sido ratificado por la Iglesia anglicana, está reprobado como un error pestilencial. Sobre la justificación con alguna diferencia en el lenguaje, nada se separa del concilio de Trento.

Hay una buena composición sobre los sacramentos, y si estuvieran dispuestos á admitir más de dos, no sería más que en favor de la ordenación (1). Mas sobre este punto no están todavía muy fijadas las ideas de la escuela. Nos parece se debe decir otro tanto de su doctrina sobre la Sagrada Eucaristía. Verdaderamente habla de ella con mucho calor y catolicidad, á excepción del dogma de la trasustanciación, el que no obstante parece tener partidarios. Si por no comprender perfectamente su sistema, no intentamos decir más sobre este importante asunto, debemos declarar, no obstante, que bajo otro aspecto, ha merecido bien del cristianismo. Esforzándose en demostrar el poder regenerador del bautismo, quiere que este sacramento se administre con cuidado, porque muchos miembros de la Iglesia anglicana no han visto y aun no ven en él más que una ceremonia, un símbolo. Muchas veces, por efecto de este desden, se ha bautizado con extrema negligencia, ó bien no se ha bautizado enteramente. La exacta observancia de los rituales se tiene en mucha estimación por el *puseísmo*; deplora las rudas mutilaciones que han sufrido en el siglo XVI, y hubiera querido reclamar lo que el tiempo ha robado á las ruinas conservadas por la reforma. Por este motivo se ha ridiculizado por sus adversarios y algunas veces amonestado por los obispos. Contrariamente á las ideas de un gran número de anglicanos, exalta la devoción litúrgica y la pone sobre las reuniones religiosas para la reunión social y de familia. Desearía reunir á los fieles dos veces por día en los oficios de la Iglesia. ¿Creeis quizás que la li-

Oxford) anatematiza á todas estas sectas, V. su carta á M. Golithly de enero de 1842. Hay otro William Valmer (*d'Exeter college*) que ha compuesto varias obras, entre otras, folletos contra M. Wiseman. Sus errores se han descubierto en la *Revista de Dublin*, números 16 y 21, y después en noviembre de 1842.

(1) Y quizás el de la penitencia, porque la escuela da una gran importancia al poder de absolver, y recomienda mucho la confesión.

turgia anglicana es su bello ideal? De ningún modo. Sin duda la prefiere con mucho á los 39 artículos, é infinitamente á los libros de las homilias; mas llora por ver en ella la huella de la ruda mano de los reformadores, sobre todo en la liturgia eucarística. (*Comunion service*.)

Algunos no obstante buscan un medio de dulcificar sus penas, en que lo consideran como una misteriosa disposición de la Providencia; aprecian que el servicio anglicano, cuyo carácter penitencial, aun debilitado en algún modo, contrasta mucho con la abundancia jubilante de las aleluyas del Breviario, y después de todo esto quizás en más armonía con la condición del hombre pecador (1).

Los *puseístas* aman de tal modo el ascetismo de la Iglesia católica, que parecen dispuestos á admitir el que nuestras mitigaciones han enervado la disciplina. Aprecian los principios fundamentales de nuestras órdenes religiosas, y á nuestros espiritualistas. Efectivamente, es tan pobre en espiritua- listas el anglicanismo, que cuando se quieren es necesario venir á buscarlos entre nosotros. La escuela de *Pusey* tributa un gran respeto á los personajes ilustres de la edad média, y ordinariamente no deja de dar el título de *santos* á los que han sido canonizados. Es digna de observarse la reacción que se ha verificado bajo este punto. Hasta estos últimos tiempos ningún protestante inglés hubiera dicho: S. Aselmo, santo Tomás de Cantorbery ó S. Buenaventura (2), sin acompañar una burla ó sarcasmo. En el día, como para tender un lazo á los partidarios de la antigua moda, hombres respetables tributan homenaje al mérito insultado, y se esfuerzan en alabarlos.

Antes de concluir este imperfecto bosquejo, debemos sin embargo añadir que la escuela se paga mucho de los homenajes de que son objeto los santos entre nosotros y del estilo de las oraciones que les dirigimos. Ahora este es su caballo de batalla. Cita, para anatomizarlos con un rigor sin piedad, algunos de nuestros libros de oraciones y algunos rasgos fervorosos de nuestros predicadores. Sin examinar si los pasajes criti-

(1) Cualquiera católico se admira de la belleza de la colecta del 4.º domingo después de Pascua: « *Deus, qui fidelium mentes unius efficiis voluntatis,* » etc. Los reformadores no han podido dejar de poner en ella sus manos. Dicen pues los anglicanos: « Dios Todopoderoso, que vos solo podeis dirigir las voluntades desordenadas y las afecciones de los hombres pecadores. »

(2) Se acaba de publicar una traducción inglesa de la *Caena aurea* de santo Tomás de Aquino sobre los Evangelios.

cados están en todo conformes con las reglas de la prudencia y de una piedad ilustrada, debemos decir que bajo este concepto los *puseístas* han demostrado muchas veces po- quísimo candor y buena fe. Mas necesitaban un fantasma, para impedir la deserción hácia Roma de los que, como ellos mismos, habían concebido algunas dudas sobre la validez del anglicanismo. Dicen los *puseístas*: « Fuertes presunciones parecen levantarse contra el anglicanismo, con motivo de su aislamiento. Entonces, ¿dónde está la catolicidad? Parece también levantarse fuertes presunciones contra la Iglesia romana, por motivo de que contiene en *apariciencia* (1) la idolatría. Entonces, ¿dónde está, pues, la santidad? En este dilema, lo mejor para el anglicano, es decir, que la Providencia lo ha hecho. »

Resta exponer la situación actual del *puseísmo* relativamente á la Iglesia anglicana, á los disidentes y á los católicos.

Sin duda sabe el lector que en la Iglesia anglicana ha existido constantemente un partido fuertemente penetrado de calvinismo. Este partido ha tenido siempre una profunda antipatía á la doctrina católica sobre la autoridad de la Iglesia, exalta la fe sobre todo, hasta tener por abominable la palabra *mérito*; niega la regeneración por el bautismo, preconiza el espiritualismo, y aun tolerando un pequeño número de ceremonias, es decididamente opuesto al *formalismo*. Se da el título de *partido evangélico*, y sus sectarios se llaman entre sí *miembros del mundo religioso*. En la mayor parte de sus ideas, no difiere este partido de la gran masa de disidentes á la que se une para ciertos objetos especiales, tales como las sociedades bíblicas y de misiones, y sobre todo las sociedades antipapistas. (*No Popery*.) En realidad el papismo es el gran terror de unos y de otros.

Ahora concebimos fácilmente cómo es mirado el *puseísmo*, y cómo lo trata esta rama anglicana, por otro lado compuesta de hombres ardientes. Honni, despreciado, disfamado, se le acusa de querer entregar á Roma la Iglesia nacional, y de tratar de restablecer la dominación clerical de la edad média. A cada uno de estos movimientos expiados todos atentamente, se levantan también violentos murmullos sobre la novedad de las

(1) Observad esta palabra *apariciencia*. No la usan los demás anglicanos. Por lo demás, aunque los *puseístas* hayan vituperado altamente la invocación directa de los santos, sin embargo, en uno de sus libros, hemos descubierto un modo de súplica para obtener la protección de la Santísima Virgen.

doctrinas y la estrategia de las prácticas. A principios del año 1846, el arzobispo de Canterbury y el obispo de Londres fueron varias veces interpelados duramente con motivo de ciertas innovaciones litúrgicas señaladas como peligrosas para la Iglesia.

Los otros antagonistas del *puseísmo* son mas moderados. En general algunos elogios preceden á sus críticas. Hacen justicia á la probidad, á las intenciones y utilidad de los hombres de la nueva escuela, pero vituperan sus exageraciones y su tendencia á rehabilitar doctrinas y prácticas proscritas. Pertenecen á esta clase la mayor parte de los prelados anglicanos, salvo algunos cuya hostilidad violenta los coloca en otra categoría. Por el contrario, uno ó dos de estos prelados están mucho mas favorablemente dispuestos lo que no les impide lanzar algunas veces severas censuras. Lo que hemos dicho de los obispos de Inglaterra, se aplica á sus cólegas de Irlanda.

Si pues algunos prelados anglicanos se manifiestan hasta cierto punto favorables al *puseísmo*, los demás le son mas ó menos hostiles. Un patrocinio decidido no lo hay en ninguno. Tampoco se debe olvidar que los mas moderados de estos prelados manifiestan una gran indignacion siempre que se trata de Roma. De esto es fácil deducir el encarnizamiento de los demás.

Sin dejarse desconcertar por estos clamores y censuras, siguen su marcha los *puseístas*. Si algunas veces rechazan los ataques de sus adversarios, que la mayor parte les son científicamente muy inferiores (1) no obstante la mayor parte de las veces guardan silencio, porque parecen preferir á la polémica el método didáctico y de exposicion. En cuanto á las doctrinas del partido llamado Evangélico, las califican terminantemente de heréticas. Muchas veces, y de un modo felicísimo, refutan las pretensiones de este partido á una mayor santidad de vida, y hacen contrastar el pseudo-evangelismo con la moral católica-evangélica.

La nueva escuela, tomando el aire de una Iglesia, afecta colocarse en la clase de hermana con los católicos del continente (2) Al-

(1) No obstante los ha habido y aun los hay diestrisimos, por ejemplo, el difunto doctor Arnold y el actual arzobispo anglicano de Dublin. Despues de estos podemos citar á M. Goode y M. G. S. Faber. No se debe confundir este último con M. W. Faber, que se cuenta entre los mas ardientes adeptos del *puseísmo*.

(2) De aquí la complaciente denominacion de anglo-católicos que se atribuyen los anglicanos de la escuela de Pusey. Nos vemos obligados á negarles un título que no pertenece mas que á sus compatriotas católicos. Insostenible con pro-

gunas veces el *puseísmo* ha representado á la Iglesia universal como dividida en tres ramas, griega, romana, y anglicana. Parece dar en el dia menos importancia á las ideas de nacionalidad. Antiguamente, deseaba un concilio nacional para allanar las diferencias y restablecer la disciplina. En el dia que se pide generalmente una convocacion (1), no los creemos nada dispuestos á intentar la experiencia, por temor de verla convertirse en favor del anglicanismo ordinario. Los *puseístas* darian con preferencia un abrazo fraternal á los católicos del continente. Sentiríamos no poder dárselo. En cuanto á entrar en comunión visible con nosotros, creen que es cosa no solo imposible, sino que ni se debe ensayar por ningun medio directo. Sin embargo, parecen hallar consuelo en el pensamiento que no existe menos una comunión invisible, sancionada por el Espíritu Santo.

¡Extraña contradicción! A esta benevolencia para los católicos del continente, se une, al menos en el mayor número de *puseístas*, una especie de antipatía para con los católicos ingleses. Ven con desagrado la emancipacion. Sus oídos están cerrados para los gemidos de la Irlanda, porque sus simpatías son para los vampiros que enriquece el establecimiento eclesiástico, á los ojos de la razon enteramente inútil, que pesa sobre este infeliz país.

Crean tener vecino algun sacerdote católico celoso aunque no rico, le miran como un usurpador, y le celan. Este sacerdote llega á convertir á uno de estos, á esta religion que incesantemente preconizan, á esta religion que reconocen es profesada por *el gran cuerpo de la Iglesia*, y de las doctrinas que son defendidas algunas por ellos tan honrosamente, entonces por una contradicción inexplicable (á no admitir una suposicion odiosa de la que estamos distantes) entonces imprimen en la frente del convertido la ignominia de la desercion.

¿No se debería creer que hombres contristados por un deplorable aislamiento sin remedio á sus ojos, pero cuya cesacion piden á Dios, no estarían dispuestos á regocijarse como de una manifestacion providencial de la extencion del catolicismo, en un país en que, segun ellos, ha sido y es aun destruido por la herejía, el cisma y la infidelidad práctica? ¿No se debería creer que este progreso en la *adhesion á Roma* (para servirnos

vecho para los *puseístas*, por causa de su novedad relativa, excita este título las risotadas de los demás anglicanos.

(1) Reunion eclesiástica usada en ocasiones en la Iglesia de Inglaterra.

de una expresion que quizá les agrada), adhesion que acepta la mayoría, segun nosotros, de los cristianos de cualquier denominacion en el imperio británico, que este progreso se consideraria por ellos como el presagio de la union á que aspiran tan devotamente? Pero no. Quizá se han lisonjeado con la esperanza ilusoria de arrastrar á su sistema á los católicos de Inglaterra, y nosotros hemos oido hablar de algunas insinuaciones hechas con este fin. Pero es cierto que *ninguno* ha mudado su fe católica por este sistema; creemos poder afirmar igualmente que *muchos* de los que se habian entusiasmado con sus teorías, habiéndolas juzgado insostenibles, se han refugiado á la Iglesia católica, únicamente porque han encontrado en ellas un todo lógico y una creencia asegurada. La ilusion de los *puseístas* debería, pues, disiparse en el dia.

No obstante pensamos que el *puseísmo* es un instrumento en la mano del que todo lo ordena para el bien de su Iglesia. Semejante á otros medios humanos de una gran utilidad eventual, pero que en el curso de su accion se manifiestan parcial y ocasionalmente malos, el *puseísmo* ha hecho y hace aun servicios á la Iglesia, aunque en casos particulares le sea dañoso. Daña, en que algunos ánimos se contentarán con su culto imperfecto, engañados como serán por los raciocinios especiales de los nuevos doctores, cuya doctrina moral por otro lado, buena y sustancial, satisfará mucho mas á su corazon que instrucciones tan áridas, ora de los evangélicos, ora de los ministros anglicanos. Muchas buenas almas verán en el sistema una especie de interposicion, deseada hace mucho tiempo en favor de la Iglesia de Inglaterra, y el movimiento actual, así como un galvanismo aplicado á la forma, se considerará como la accion robusta de la fuerza vital.

Semejante resultado seria sin duda aceptado como un beneficio por los adversarios protestantes mas decididos; mas temen con razon que este no sea el efecto general de la enseñanza de la nueva escuela, no importa el objeto que se propone; que por el contrario el sistema dirigido con perseverancia hácia sus consecuencias reales aunque desapercibidas, no traiga á la larga la caída del verdadero anglicanismo. Los discípulos adelantaron ordinariamente á sus maestros. Por otro lado uno de estos ha dicho: «Nosotros no podemos permanecer en donde estamos; una de dos, ó retroceder, ó adelantar.»

Hemos manifestado nuestra sorpresa y nuestro desagrado por la antipatía de los *puseístas*

hácia sus compatriotas católicos. Estos no están menos dispuestos, lo creemos así, á reconocer los servicios reales que les han sido hechos por los *puseístas*. En efecto, no solo han quitado á los católicos una parte del fuego atizado incesantemente por el fanatismo protestante, sino que han dirigido victoriosamente sus tiros hasta el corazon de la ciudadela protestante. ¿Qué se han hecho el juicio privado, la religion exclusivamente bíblica, la Iglesia invisible, la mision divina dada á Lutero, y á sus secuaces, y el anticristianismo del papa? Quizá se dirá: aun son numerosos los hombres que sostienen estas cosas. Esto seria lo mismo que decir que entre nosotros aun vomitan muchos las blasfemias de Voltaire. Nos atrevemos á asegurarlo; los errores capitales del protestantismo han sido derribados en la guerra que los *puseístas* le han hecho con las armas tomadas de los católicos.

Concluyamos. Los hombres de que hablamos han sido y aun son útiles á la Iglesia contribuyendo á su modo, como algunos genios levantados entre los protestantes de Alemania contribuyen de un modo diferente, á destruir aquella masa de columnias que durante tres siglos se ha aglomerado hasta el punto de ahogar la verdad histórica. Estos hombres ayudan á reparar la pérdida causada por sus antepasados á la reputacion de todo lo que hubo bueno y sabio en las generaciones anteriores. Mientras que se esfuerzan por reproducir al menos una imagen desfigurada (porque no pueden otra cosa) de la antigua belleza de aquellos templos desfigurados y manchados con la rabia de los primeros reformadores, todavia con mas deseos que resultados, invitan á contemplar los augustos é inmortales santuarios de la ciencia y de la sabiduría, que quiso Dios erigir en los pasados siglos. Si, los ingleses no católicos conocerán y apreciarán á S. Cesario, á S. Bernardo, á santo Tomás y á S. Atanasio. Estamos seguros que una vez nutridas las inteligencias con la doctrina de los PP., rechazarán para entregarlas á los murciélagos y á los topos, *Isaías*, II, 20, las homilias anglicanas de Ridley y de Jewell, de estos ídolos antes venerados. Ephraim, ¿en adelante que habrá de comun entre mí y los ídolos? Lo ha dicho nuestro Bossuet: «Una nacion tan sabia no estará mucho tiempo ofuscada.»

Concluiremos este artículo trascribiendo las reflexiones de un apreciador competente sobre el *puseísmo*.

«Las enfermedades bajo las que sucumbia la Iglesia anglicana, habian llegado á su